



Arrepentimiento

y OTROS RELATOS

Primera edición,
Marzo 2011

Copyright © del texto, Juan Silva Fernández
Copyright © de la edición, Mundos Épicos Grupo Editorial, 2011
Copyright © de las ilustraciones, Mundos Épicos Grupo Editorial, 2011

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

Ilustración de cubierta: **Miguel Regodón Harkness**
Diseño gráfico y maquetación: **Pablo Guil**

**MUNDOS
EPICOS**
GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@editorial-sdp.es
www.editorial-sdp.es
www.mundosepicos.es

Impresión: PUBLIDISA

ISBN: 978-84-92826-16-2
DEPÓSITO LEGAL:

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://arrepentimiento.editorial-sdp.es>

Arrepentimiento y OTROS RELATOS

JUAN SILVA

sueñosDEPAPEL



En primer lugar quiero agradecer a la editorial su confianza en mí una vez más.

Quiero dedicar este libro a una asociación muy especial, a la asociación del Fénix, cuyos integrantes tan generosos son siempre conmigo... mucho más que yo con ellos. Gracias a toda esa gente he recuperado una palabra que creía perdida: amigos.

Quisiera dar las gracias a Rubén Oviedo que se tomó la molestia de fotografiarme y ha conseguido que una imagen en la que salgo yo pueda calificarse de magnífica.

Por otro lado, cuando publiqué mi primera novela, una compañera de trabajo me dijo que por qué no se lo había dedicado a ellos también. Ahora corrijo mi error y os lo dedico muy especialmente a todos y cada uno de vosotros, mis compañeros de verde; por haber mostrado siempre tanto interés por lo que escribo, por haber llegado, en algunos casos, a ser incluso pesados con la pregunta: ¿y el libro para cuándo? Algunos me preguntan por qué me río tanto en el trabajo. La respuesta es muy sencilla: por vosotros. Desde que os conozco, mi vida cambió a mejor.



ARREPENTIMIENTO

Jamás pensé que esta historia (mi historia) fuera contada, y menos aún de mi puño y letra; creo que es la primera vez que se da un caso así y posiblemente la última. Lo más normal es que estas cosas se escriban antes del suicidio; en mi caso no, en mi caso es cincuenta años después de que sucediera.

Desde que lo hice paso todos los días vagando por este mundo sin saber qué hacer o adónde ir; sigo en el mismo lugar donde lo dejé, en esta vieja casa, y no vivo solo. La casa está habitada por un matrimonio joven, pero yo no les molesto; no estoy aquí para protegerla y espantar a la gente, nunca he dado señales de mi existencia. Como ya he dicho, lo único que hago aquí es vagar. A veces, en mis largos días, donde todo es oscuro, me asomo a la única ventana de esta habitación, de la cual casi nunca salgo, y miro con la esperanza de ver el sol. No sé si los demás podrán verlo o es que desde hace mucho, aquí no llegan sus rayos. Sólo veo ese viejo árbol muerto rodeado de una espesa niebla.

Lo único que puedo hacer aquí es recordar, eso y esperar. El qué o a qué, no lo sé.

En fin, contaré mi historia. La aparición de estos objetos para escribir puede ser la señal que esperaba. Confío en que nadie suba. Si alguno lo hace, podría asustarlo, pues ahora sí sabrán que hay alguien... ya que una vela, y un lápiz que se mueve solo sobre un taco de papel viejo y arrugado con el que ahora escribo me delatan.

He de decir que no pondré el nombre de ningún miembro de mi familia por respeto a su intimidad. Si es que esto lo llega a leer alguien.

Todo empezó el día que decidí pasar por esta calle. Lo hice por la única razón de darme una vuelta. Hacía mucho que no pasaba y quería ver los cambios que en ella se hubiesen producido. Pero no había ninguno, salvo la misteriosa casa con su enorme patio. Siempre me llamó mucho la atención esta casa y en verdad todavía estoy pensando si fue por ella por lo que decidí venir por aquí. Aunque he de decir que hubiera pasado echándole un simple vistazo si no hubiera sido por el leve movimiento de algo en una de las ventanas del piso superior. Me paré y observé mejor esa ventana.

Entonces la vi. Sé que llevaba un camisón blanco y el pelo negro le caía como una cortina sobre los hombros. Pero sobre su cara no puedo decir nada; aunque parecía el reflejo de algo bello, estaba demasiado lejos para verla bien.

Lo que sí vi, con gran sorpresa por mi parte, fue que me saludaba. Sólo alzó la mano y la posó sobre el cristal. Nada más se movió en ella, pero ese gesto me pareció que lo decía todo. Era un saludo tímido; quizás ni siquiera lo fuera, pero yo lo interpreté así. Dubitativo, saludé también y seguí mi camino despacio; cuando volví a girar la cabeza, dos o tres metros más allá, ella seguía inmóvil en la misma postura.

Al día siguiente, por supuesto, volví. He de decir que me daba un poco de vergüenza, pero la curiosidad pudo conmigo. Quería ver a esa chica

mejor, y por qué no decirlo, me hacía ilusión la idea de que me volviera a saludar. No vi a nadie en la ventana para mi desilusión, aunque sentí cierto alivio por lo de la vergüenza. ¿Vergüenza por qué? Ni idea. Siempre he sido muy tímido aunque esto no tenga mucho que ver. En cambio, sí vi a un anciano regando las plantas del jardín. Estaba de espaldas a la calle y no se volvió. En mi vida se me hubiese ocurrido pensar que sabía que yo estaba allí.

Al tercer día fui otra vez. Había decidido que ése sería el camino por el que iría a por el pan, aunque tuviera que andar más. A lo largo de toda una semana, incluidos el sábado y el domingo, sólo vi al viejo de espaldas, no en el mismo sitio, ni haciendo las mismas cosas; un día estaba subido en una escalera podando un árbol que no tenía ni una sola hoja, otro cavando allá a la derecha, otro plantando y, otro, barriendo las hojas secas, pero siempre de espaldas a la calle, o por lo menos al lugar donde yo me encontraba, ya que parecía saber el punto exacto donde estaba yo.

Por aquel entonces trabajaba en una librería por las tardes, y a veces, si tenía que revisar o corregir documentos o incluso novelas de aspirantes a escritores o periodistas, me quedaba hasta muy avanzada la noche. Yo nunca he sido un erudito en las letras ni nada parecido, pero la gente decía que tenía razón... No sé, eso decían. Tenía una vida normal, quizás aburrida para algunos, pero eso es igual; cuando algún amigo bromeaba sobre eso yo decía que, cuando hablaba con él, no se me ponía el corazón en un puño de la emoción al saber lo que había hecho a lo largo de la semana. Eso sí, ellos se divertían más que yo, hay que reconocerlo. No tenía pareja y vivía solo en una casita enfrente de la de mis padres, sin ninguna aspiración más que llevar una vida tranquila. Cómo echo de menos esos días.

Pero sigamos con la historia. Después decidí volver por el mismo camino. Si no me equivoco, tomé esa decisión un martes, y lo mismo de siempre, el viejo de espaldas con sus quehaceres habituales.

El miércoles volví, pero a diferencia de las otras veces, casi me da un patatús cuando vi al viejo en la verja. Ya he dicho que la casa tiene un enorme patio (en lo que se refiere a la casa hablaré en presente, ya que es la misma en la que escribo ahora). En aquella época era la casa más grande de la calle (ahora ya no, pero eso no importa), en una calle donde todas las casas son grandes. Para que os hagáis una idea, es más o menos

como un colegio, y todo el muro exterior es de ladrillo, menos, como he dicho, la verja de la puerta. Imaginaos mi sorpresa al ver la cara del anciano, esperándome.

Estaba de pie, con los brazos caídos, y llevaba unos pantalones oscuros metidos en unas botas de goma verdes, camisa blanca de cuadros y tirantes. Me miraba fijamente con unos ojos azules, fríos como el hielo, bajo unas espesas cejas grises. Mi reacción puede resultar cómica según se mire; me hice el tonto. A pesar de que casi me doy la vuelta y echo a correr como un niño al que han visto hacer alguna travesura, hice como que 'pasaba por allí', evitando mirar al anciano, continuando mi camino, aunque era imposible quitarse de encima esos ojos fríos que me seguían. Ya casi había pasado la verja, pensando en que no volvería en algún tiempo por allí, cuando oí su voz ligeramente ronca detrás de mí.

—Hola —me saludó.

Giré la cabeza y dije un hola cordial pero sin pararme.

—¿Puedo preguntarte una cosa, muchacho?

Me paré en seco y empecé a darme la vuelta despacio. Sonreía, aunque he de reconocer que estaba nervioso. El corazón me palpitaba fuerte en el pecho; temía que al abrir la boca se oyera el *Pum Pum* como si fuera un altavoz.

—Sí, claro —respondí.

—Llevas toda la semana pasando por aquí, ¿verdad? —El corazón me dio un vuelco. 'Sí claro, llevas toda la semana', decían aquellos ojos.

—Sí. Voy a por el pan —respondí a modo de disculpa.

—Ahhhh. Yo voy más tarde —hizo una pausa y continuó—. Oye, muchacho, ¿has visto algo en esta casa? ¿Algo que te llamara la atención? —'Oh, sí; sí que has visto algo', seguían diciendo sus ojos. Yo en ese momento estaba más nervioso que nunca.

—No. Nada fuera de lo normal, aunque me gusta mucho esta casa.

—Sí, es bonita. ¿Conoces a los dueños?

—No, aunque una vez vi a una mujer en esa ventana; supongo que será la dueña.

—¿Me puedes señalar la ventana en la que la viste, por favor? —Realmente le costó separar sus ojos de los míos, pero al final lo hizo siguiendo la dirección de mi mano. Después volvió a mirarme—. Sí. Es la dueña. Así que es verdad que la has visto —dijo, aunque esta vez hablaba para sí. Se encogió de hombros y continuó—. Quiere conocerte.

—¿Quién?

—La dueña.

—¿A mí?

—Sí. ¿No quieres? —Sonreía.

—Sí, claro, pero... ¿Por qué?

—Mira, eso no tiene importancia; yo estoy más alucinado que tú. Así que, si mañana quieres, a la misma hora que normalmente pasas por aquí, te llevo al interior, ¿de acuerdo? Ahórrate darme la respuesta ahora; piénsatelo y ya está. Aunque he de decirte que es muy atractiva. —Se dio la vuelta mientras andaba, riéndose a carcajadas.

Me fui. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Quedarme allí como una farola? En un principio pensé que no iría; me parecía una broma. Dedicué el resto del día a pensar sólo en eso. Soy una persona que se come mucho la cabeza por todo y no voy a escribir ahora mis divagaciones de aquel día... pero si decidí ir a la supuesta cita fue, primero, por quedar bien y, segundo, por mera curiosidad.

No me vestí de gala ni me perfumé hasta la cabeza (aunque lo pensé), simplemente fui como suelo salir a la calle, quizás por lo de que fuera una broma y no hacer más el ridículo.

Os preguntareis si influyó en mi decisión el hecho de que fuera muy atractiva. Pues, como les ocurriría a la inmensa mayoría de los chicos, seguramente sí, pero ya he dicho por lo que fui. Yo no iba a ir ni el día que vi al viejo ni al siguiente, cuando la conociera, al bar para contarles a mis amigos cosas tipo: '¡He quedado con una pedazo tía! ¡Teníais que verla; y fue ella la que me quiso conocer!'. Y doy gracias por no haberlo hecho, sobre todo el día que vi al jardinero, porque a ver si no qué habría contado de ella cuando me hubieran preguntado cómo fue la cita... Así, al no decir nada, no tuve que dar explicaciones a nadie.

No, ese día no fui al bar *El Gregoriano*, donde siempre hay algún amigo, pero el día que la conocí a ella sí, aunque no hablé nada. Después no volví a salir en todo un mes, salvo al trabajo. Mi madre se encargó de alimentarme.

Cuando me planté delante de la verja, el viejo no estaba esperándome allí, sino que estaba regando con una larga manguera verde (cómo no, de espaldas. Yo no sé qué tendría contra el mundo exterior). Llamé al timbre, se volvió y sonrió. Dejó la manguera en el suelo sin cortar el agua y se dirigió hacia la puerta para abrirme; cuando lo hizo todavía sonreía.

—Hola, muchacho —saludó—. Si te soy sincero, me alegra que hayas venido.

Cuando pasé al interior no pude dejar de admirar el patio. Era precioso, realmente bonito y trabajado.

—Esto es increíble; lo tiene usted muy bien cuidado —dije.

—Ron. Llámame Ron, por favor. Gracias, me gusta tenerlo así. ¿Tú eres?

—Juan —extendí la mano. Ron me miró detenidamente. Tenía la mirada más inteligente que he visto en mi vida. No sólo daba la impresión de que ya sabía mi nombre, sino también parecía saber toda mi vida. Me estrechó la mano y sonrió.

—Acompáñame, te llevaré al interior de la casa. Por cierto, la verja no está cerrada con llave. Si se te hace tarde, o tienes prisa por irte, sólo tienes que girar la manivela.

¿Cómo sabía que tendría prisa por abandonar la casa...? Si me hubiera quitado la verja en vez de cerrarla simplemente sin llave, se lo hubiera agradecido todavía más.

Voy a seros sincero; a mí esta casa me parece un desperdicio de espacio. No entiendo qué tiene de presumible tener habitaciones que no vas a utilizar en la vida. Yo, la mayoría de ellas, las he ido descubriendo en mis años de soledad, ya que estando con vida sólo entré en la habitación en la que escribo ahora y, en una ocasión, en la cocina. En cuanto al patio, o eres Ron, o contratas a dos o varios jardineros para que te lo cuiden, si no se quedará como está ahora, abandonado. Los días de niebla, que son casi todos (al menos para mí), parece un cementerio.

La casa era muy espaciosa y bien iluminada, aunque ahora resulta más oscura y triste. Cuando entramos, por una doble puerta de madera oscura, me quedé sorprendido al ver una fuente en la entrada y, detrás de ésta, alzándose de manera majestuosa, había una enorme escalera con una alfombra roja que se bifurcaba en dos direcciones. Me fijé en que a la derecha e izquierda de la fuente, la una frente a la otra en paredes opuestas, había una doble puerta de madera, pero como estaban cerradas, no pude ver el interior. Subimos y arriba, da igual que subieras por la derecha o por la izquierda (vas al mismo sitio), me encontré con un pasillo en forma de 'U' con decenas de puertas. El pasillo estaba decorado con cuadros, estatuas y objetos que yo suponía de gran valor.

La habitación es la última del pasillo de la izquierda.

—Es allí —dijo Ron señalándola y se dirigió hacia la puerta.

Yo no podía dejar de admirar aquella casa; me quedaba alucinado con cada estatua o cuadro.

—Esto es muy bonito —dije de nuevo.

—Sí. Aquí hay verdaderas reliquias, ¿sabes?

—Me lo imagino.

—¿Ves esa espada de allí?

En la pared frontal (la misma pared en la que está la puerta de entrada), había dos grandes ventanales con una larga espada entre ambos. La empuñadura dorada brillaba a causa de la luz que se filtraba por los cristales. Asentí con la cabeza.

—Dicen que la llevó por algún tiempo el Rey Arturo.

—¿Sí?

—Eso dicen. Bueno, ya hemos llegado. —Se detuvo al lado de la puerta de roble—. Es ésta; adelante. Yo bajaré al jardín. Si me necesitas sólo tienes que llamarme. —Me miró con un disimulo de sonrisilla y se fue.

Estaba nervioso, muy nervioso; no tenía ni idea de cómo comportarme ni qué decir, pero en fin, qué iba a hacer si no, ya estaba allí. Suspiré y giré el pomo.

La habitación era oscura, sólo entraba luz por el único ventanal que había allí. Éste era grande, más alto que la estatura de un hombre, pero a pesar de eso no daba toda la luz que debería dar. La habitación, como el resto de la casa, también era espaciosa, aunque estaba prácticamente vacía. Sólo había una mesa en la pared frente a la puerta, justo en la esquina izquierda (donde escribo yo ahora), un armario a la derecha y una silla en medio de la sala. En la actualidad, a pesar de la llegada de estos nuevos habitantes, esta habitación está exactamente igual que cuando la vi aquella vez. Lo que más me llamó la atención cuando entré fue la silla; estaba allí, solitaria, parecía abandonada y daba la impresión de ser usada simple y llanamente para mirar por la ventana. Recuerdo que imaginé a la señora sentada durante horas mirando hacia fuera, quizás esperando algo o a alguien. Pero precisamente de ella no había ni rastro. Así que me limité a hacer lo que suele hacer todo el mundo en una habitación vacía: observar o cotillear, como queráis llamarlo. El problema es que había poco que mirar. En la mesa, aparte de una lámpara, no había nada y no me atreví ni a mirar en los cajones ni en el armario, porque una cosa es cotillear por encima y otra un estudio a fondo. Preferí no sentarme, así que miré por la ventana, de pie. La vista era increíble y un poco vertiginosa. Me dio miedo acercarme mucho por temor de caerme a pesar del cristal. Vi la extensión de hierba verde. Vi las flores y los árboles. Vi a Ron cavando y vi el reflejo de una mujer detrás de mí...

Me di la vuelta enseguida, sobresaltado, preparando las palabras para saludar... pero allí no había nadie.

—Hola —oí a mi espalda. Era una voz femenina.

Me volví a girar. En un principio tampoco vi a nadie, pero después me fijé en el reflejo del cristal. Ella seguía allí, estaba seria y me miraba con compasión. Bajo su pelo negro vestía un camisón de seda largo y blanco que se ajustaba delicadamente a cada forma de su cuerpo. De no haber sido porque no entendía nada de lo que sucedía me habría parecido de lo más sexy... demasiado, diría yo.

—Hola —volvió a repetir y vi cómo sus labios se movían para decirlo. Había algo extraño en su voz, pero no me paré a pensar el qué.

—¿Dónde estás?

—Aquí mismo.

—Aquí mismo, ¿dónde?

—Aquí mismo. —E hizo algo que me dejó petrificado. Apoyó las yemas de sus dedos en el cristal desde el otro lado.

La mujer está volando, pensé. Empecé a retroceder poco a poco.

—¡Espera, no te vayas!

Su voz... En ese momento me di cuenta de que su voz provenía del otro lado del cristal. Eso fue la gota que colmó el vaso para mí. Di media vuelta y salí lo más deprisa que pude. Oí un '¡Nooo!' desconsolado detrás de mí, pero no me importó; yo sólo pensaba en salir de esa casa lo antes posible.

Fui directamente a mi casa, luego al bar, a emborracharme. Y después de ese día, me obsesioné de tal manera que procuraba estar en la calle lo menos posible.

Debido a que estaba raro, mis padres me obligaron a ir a su casa a comer. Yo no les dije nada de lo sucedido, entre otras cosas, porque no podía contarles algo que ni yo mismo había entendido.

Pasó que a los quince días del suceso llegó a mi casa una carta que decía: 'Por favor, vuelve, dice ella'. Después, durante una semana entera, una que ponía: 'Por favor, vuelve, dice ella. Vamos, muchacho, que no pasa nada'.

Y un día, aproximadamente al mes, o mes y algo: 'Mañana a las 10:00 voy a verte. Ron'.

En efecto, así fue. Como decía la carta, a las diez en punto llamaron a la puerta. Yo estaba en la planta de arriba, en mi habitación, e intenté ignorar la llamada, pero insistieron. Resistí un poco más, aunque ahora estaba parado al pie de la escalera. A la tercera llamada bajé y miré por la mirilla. Allí estaba Ron y por su aspecto no tenía ninguna prisa en moverse de allí. Volvió a llamar.

—¿Qué quieres?! —exclamé más que pregunté, sin abrir la puerta.
 —Que me acompañes. —Su voz, al otro lado de la puerta, sonaba calmada.
 —No.
 —Venga, muchacho.
 —Lárguese. No voy a ningún lugar.
 —¿Por qué?
 —¿Que por qué? —La pregunta me desconcertó bastante—. Porque... porque no me da la gana y punto.
 Para mi sorpresa empezó a reír.
 —Vamos, ábreme la puerta, quiero hablarte... Sólo eso. —Su voz seguía sin alterarse.
 —Que no.
 —Te diré una cosa; sólo me iré cuando te diga lo que he venido a decirte y sospecho que me crees. —Dudé un momento y al final abrí de mala gana. Su vestuario era el mismo de siempre, pero ahora llevaba un sombrero de ala negro con una pluma. Me sonrió—. Hola, muchacho.
 —¿Y?
 —Te tengo que pedir que por favor me acompañes.
 —No. ¿Ya está?
 —Verás, quiero que lo hagas por dos razones: una, por ella, y otra, por ti.
 —¿Por mí?
 —Si no me equivoco, llevas toda la semana soñando con ella, ¿verdad? Cuánta razón tenía. Era uno de los motivos por los que temí volverme loco. Asentí.
 —Es uno de los efectos que causa verla. Te perseguiré el resto de tu vida a no ser que la conozcas. Y créeme, merece la pena.
 —¿Pero quién es? —pregunté con desesperación.
 —No voy a decírtelo, será más bonito si lo averiguas tú. —Hizo una pausa, me observó y preguntó—: ¿Nos vamos?
 A partir de ese momento empezaron los días más felices y a la vez trágicos de mi vida.

Cuando entré en la habitación, ella estaba esperándome. Seguía en la ventana con la misma ropa y prácticamente la misma postura; nada más que tenía las manos entrelazadas por debajo de la cintura. Cuando me vio, sus ojos se abrieron muchísimo y sonrió, sospecho que con gratitud y alivio.